







# DIARIO

CHAI EDITORA



Katherine Mansfield

# DIARIO

Traducción de Florencia Parodi

# Mansfield, Katherine

Diario : de Katherine Mansfield /  
Katherine Mansfield. - 1a ed. -  
Ciudad Autónoma de Buenos  
Aires : Chai Editora, 2022.

312 p. ; 21 x 14 cm.

Traducción de:  
Florencia Parodi.  
ISBN 978-987-48012-6-5

1. Literatura.
  2. Narrativa Neozelandesa.
- I. Parodi, Florencia, trad. II. Título.  
CDD NZ823

Título original  
*Journal of Katherine Mansfield*

Copyright  
© Chai Editora, 2022

Copyright de la traducción  
© Florencia Parodi, 2022

Copyright de la introducción  
© Cecilia Fanti, 2022

Austria 1840 depto V.  
(C1425EGD)  
Ciudad de Buenos Aires,  
Argentina  
[www.chaieditora.com](http://www.chaieditora.com)

Diseño de tapa: Lamas Burgariotti

Ilustración de tapa:  
Vicky Lamas y Joaquín Burgariotti

Diseño del interior:  
Daniela Coduto

Primera edición:  
mayo de 2022

ISBN: 978-987-48012-6-5  
Hecho el depósito que marca la ley 11.273



Esta traducción se realizó a partir de la edición de 1927 de *Journal of Katherine Mansfield*, editada por John Middleton Murry, a quien pertenecen las aclaraciones entre corchetes y las notas al pie que no son de la traductora. Él decidió reemplazar los nombres reales de las personas que aparecen en este diario por sus iniciales para cuidar su intimidad. Algunas de estas abreviaturas son:

J: John Middleton Murry.

L. M.: Ida Baker, amiga de Katherine Mansfield. Ella la llamaba “Lesley Moore”.

L: D. H. Lawrence.

F: Francis Carco (escritor francés de quien Katherine Mansfield creyó estar enamorada en un momento de su vida).

K: Koteliansky, amigo muy cercano de Katherine Mansfield.

K. M.: Katie, es decir, Katherine Mansfield.



## Introducción

*No permitas que te inquiete, querido corazón.*

### Breves apuntes biográficos sobre la vida y la obra de Katherine Mansfield

Katherine Mansfield nació hacia finales del siglo XIX en el corazón de una buena familia acomodada en Wellington, Nueva Zelanda. Su padre, Harold Beuchamp, fue un banquero industrial. De su madre, Annie Burnell Beauchamp, no hay información relevante salvo sus datos filiales de ascendencia y descendencia. Katherine fue la hija del medio y la tercera de cinco hermanos. Según cuenta ella misma, independientemente de sus biógrafos, siempre se sintió algo fuera de lugar, rebelde, independiente. Esto también se ve en los personajes de sus cuentos. En definitiva, era una persona sensible, solitaria y hambrienta de un mundo que, en la colonia, y en esos tiempos, le quedaba lejos —aunque no por eso inaccesible—. Logró que la mandaran a estudiar a Londres junto a sus hermanas, al Queen's College, donde se encontraría con el mundo que la acompañaría por el resto de su vida: la música, la escritura, los círculos literarios, los hombres y las mujeres, el amor, la soledad y la introspección.

Katherine fue pujante y melancólica, tiró de los límites, insistió y, en la adolescencia, su talento literario y su capacidad

de abrirse un lugar comenzaron a despuntar. Sin embargo, tal como indicaban los mandatos familiares de la época y también los deberes de las señoritas, Mansfield se vio obligada a regresar a Nueva Zelanda una vez terminados sus estudios. Lo lamentó, con disgusto, y lo disputó con tesón, valentía y rencor. Discutió con sus padres, como lo haría cualquier joven contemporánea, trazó acuerdos, rompió estructuras y logró que, en 1908, le permitieran volver a Londres en compañía de una familia amiga, los Trowell, cuyos hijos, gemelos, eran estudiantes de violonchelo en la capital inglesa. Ese viaje y la pensión de cien libras esterlinas que obtuvo de su padre —con actualizaciones y de por vida— fueron el primer paso para abrirse su propio camino independiente y en libertad con cierta tranquilidad, soltura económica —y por lo tanto privilegio—. Su estadía en Londres fue el último paso para que Katherine Mansfield comenzara a vivir su vida de acuerdo con —y a la altura de— sus deseos e impulsos: una vida llena de aventuras, de amores, de búsquedas profesionales y personales. También, naturalmente, de errar, enfermar y perder.

Katherine Mansfield supo leer su época, a sí misma y a todo aquello que la rodeó: los mandatos sociales (“Un matrimonio a la moda”), las diferencias —y coexistencias— de clase y sus implicancias (“La fiesta en el jardín”), la vida de entrecasa y la naturaleza (“En la bahía”), la hipocresía —y muchas veces la maldad y el poder— que rodea la vida de los hombres (“La institutriz”). Pero fueron las mujeres, su sensibilidad, la propia y las opuestas, las que verdaderamente le importaron (“Felicidad”) —y luego volcó este interés en su obra—.

Durante esta segunda estadía en Londres, Katherine quedó embarazada de uno de los gemelos Trowell, quien la rechazó. Sufrió un aborto espontáneo en Baviera —adonde fue llevada intempestivamente por su madre luego de la noticia del embarazo—, y luego fue eliminada del testamento materno. Tiempo después, se casó con un hombre mayor y lo abandonó la misma noche de bodas, contrajo gonorrea y luego tuberculosis, mantuvo su amistad —en ocasiones amorosa— con Ida Baker, conoció al círculo de Bloomsbury. Fue amiga y rival de Virginia Woolf. Se convirtió en autora de *Hogarth Press*, donde conoció al editor John M. Murry, con quien finalmente se casó. Mantuvieron una relación compleja, enriquecedora y tensa, como puede leerse en el diario. Con idas y vueltas y un matrimonio poco tradicional para la época, Murry la acompañó hasta su muerte en Fontainebleau-Avon el 9 de enero de 1923, durante la última internación de Mansfield para tratar sus dolencias pulmonares —y espirituales—.

Si bien sus últimos años fueron de una inmovilidad y una soledad forzada por cuestiones de salud, en su escritura se reflejan la autonomía y el manejo de la propia vida, y sobre todo de sus detalles, según sus propios deseos y motivaciones. Sus cuentos, en general emparentados con la estética de Chéjov, —a quien Mansfield leyó con atención y admiración, tal como reflejan sus diarios— son quizás menos rígidos que los del escritor ruso al permitirse una combinación de capas de sensibilidad, detalle y percepción que la ubicaron como una escritora única en la lengua inglesa de su tiempo. “Chéjov se equivocaba al pensar que, de haber tenido más tiempo, hubiera escrito con más detalles, se

hubiera tomado más trabajo para describir la lluvia y la escena del doctor tomando el té con la partera. Lo cierto es que se pueden incluir cosas en una historia hasta cierto punto, siempre hay algunas que se sacrifican”.

Mansfield llegó a ver el éxito y la publicación de sus relatos en revistas literarias, escribió más de cien reseñas de libros para las revistas que dirigió su marido —*The Blue Review*, *Rythm*, *The Signature* (que duró apenas tres números, junto a Mansfield y D. H. Lawrence) y *The Athennæum*—. Además, la editorial de los Woolf, *Hogarth Press*, publicó “Preludio” en 1917.

La vida de Katherine Mansfield fue breve, intensa, caprichosa y riquísima. “Una furia vital”, en palabras del italiano Pietro Citati, que produjo una narrativa introspectiva, irónica, por momentos cruel, íntima, cotidiana y mordaz. Narra también, y en esencia, modulaciones de la soledad —forzada, frente al mundo, con los demás, consigo misma— y de una conciencia obsesiva por su trabajo como escritora, que la acompañaron durante toda su vida y que recorren, por lo tanto, todo su diario. Ahí pueden leerse su temperamento sólido, sus luchas internas entre los logros, las imposibilidades, la falta de concentración, la búsqueda —que es infinita y siempre decepcionante—. Virginia Woolf, en *Una inteligencia terriblemente sensible*, la define de la siguiente manera: “Pocas han sentido con mayor seriedad que ella la importancia de escribir. En todas las páginas de su diario, por instintivas y rápidas que sean, su actitud hacia su trabajo es admirable, sensata, corrosiva y austera. No hay cotilleo literario; nada de vanidad, ni de celos”.

Mansfield se hunde en la espesura, sin miramientos, sin dudarle y también con el coraje y la premura de quien sabe que el tiempo apremia; se hunde en aguas profundas y estancadas, su mar interior turbulento, hostil y ruidoso; no teme gritarle en la cara al fracaso, gritarse a sí misma cuando asoma la cabeza, solo para volver a sumergirse y seguir buscando, seguir buscando hasta que *todo esté bien*.

### *Hasta que todo esté bien*

#### *Notas de lectura del Diario de K. M.*

La lectura de los diarios de Katherine Mansfield nos sumerge en su vida privada e interior. Son, sobre todo, una imposición a mirar las cosas tal como ella las observaba: los amigos, sus parejas, los escenarios, el trabajo. Dueña de una agudeza y una capacidad de observación sensible, humorística y también desmedida, sus entradas penden de un endeble y abismal equilibrio. Nunca sabemos cuándo las cosas pueden darse vuelta, cuando Katherine, después de una noche apacible y un sueño que se revela como deseos, vitalidad y certezas, se despierta consumida por el odio a sí misma y a todo lo que la rodea. Sin embargo, grácil domadora de sí misma, recupera el ritmo, la pausa, algo de calma. Restablece el equilibrio y el fervor con el que destruye todo lo escrito y se encuentra con algunas notas para futuros relatos: una imagen precisa que no debe olvidar, un diálogo, una descripción, un ruidito al despertar, un pájaro que la visita por la tarde, un esbozo de una posible trama.

Los diarios de Mansfield son, sobre todo, papeles de trabajo. En la medida en que es imposible separar al trabajo de la vida y sus avatares; en la medida en que la vida contamina el trabajo y este, en grandes ocasiones, la vampiriza. Son también un testimonio de su degradación física, de las complicaciones de salud que crecían año a año y la necesidad —en principio terrenal— de alcanzar una cura, de probar tratamientos y someterse a la institución médica para sanar. Su preocupación se concentra en el trabajo —publicar, terminar relatos y su deseada novela *Karori*—, en la rabia que ese fracaso le provoca y en sanar “internamente”. También lee, lee muchísimo, lee todo lo que le ponen adelante y todo lo que se publica. “Ayer compré un libro de Henry James y lo leí, como se suele decir, ‘hasta bien entrada la noche’. No me resultó demasiado interesante, ni gran cosa, pero soy capaz de soportar varias páginas de aburrimiento y monotonía de James con tal de sentir aquel dulce estremecimiento o aquella violenta sacudida de placer que me produce de vez en cuando. No tengo dudas acerca de su genio, solo creo que hay una gran cantidad de pura espuma, y destellos increíblemente *raffiné*”. Lee a los clásicos y a sus contemporáneos y anota. Usa su lengua como un cuchillo, desdeña y critica con mordacidad y maldad a algunos de ellos: “Ayer, mientras elegía entre mis libros los que menos me gustan para guardarlos en la biblioteca, encontré un ejemplar de *Howards end* y lo hojeé. No me parece bueno. E. M. Forster no consigue más que entibiar la tetera. Tiene un talento exquisito para lograrlo. Toque usted esta tetera, ¿no está divinamente tibia? Sí, pero dentro de ella no habrá ni una gota de té”. Relee y analiza en detalle a clásicos como Shakespeare y

Dostoievski. Leer a Mansfield leyendo y desarmando tramas y personajes es una clase magistral de literatura. Asistimos, también, a su capacidad de ir en línea recta y sin obstáculos de la literatura a la vida. Así, una mirada quirúrgica sobre Shatov y su esposa, en *Los Demonios* de Dostoievski, acaba en lo siguiente: “¿Cómo puede ser que Dostoievski supiera acerca de ese extraordinario sentimiento vengativo, ese deseo de reírse por lo bajo, que tienen las mujeres cuando sufren? Es algo bien secreto, pero muy, muy profundo. (...) ¿Las mujeres de sus libros son felices torturando a sus amantes? No, ellas también están sufriendo la agonía del trabajo de parto. Están dando a luz a nuevas versiones de sí mismas, y nunca tienen fe en su capacidad de salvarse”. Al leerlo siento que nadie puede penetrar en la sensibilidad de las mujeres y en la naturaleza de las relaciones como Katherine Mansfield.

En las páginas de los diarios habita su poética, la del llegar al corazón de las cosas, no permanecer en la superficie ni permitirse la distracción. El sutil arte de penetrar y combinar. De rechazar, reencontrarse y destruir temas, personajes y modulaciones. “Cada vez que tengo una conversación medianamente interesante acerca de arte me dan ganas de rogarle a Dios que me dé la fuerza para quemar todo lo que he escrito y volver a empezar, porque me parece que no es más que varios comienzos fallidos. En términos musicales, no he escrito nada que logre estar en el corazón de la nota. ¿Se entiende a qué me refiero? Hablo de cuando, quizás una mañana fría, has estado tocando durante un rato y suena correcto hasta que de pronto *entiendes* que por fin has entrado en calor, que recién empiezas a tocar”.

Cuando volví a mi ejemplar del *Diario* de Katherine Mansfield para escribir estas notas introductorias, descubrí que mi hijo había garabateado sus páginas con el mismo lápiz que había utilizado yo la última vez que pasé una temporada con el libro. Pienso en que mi hijo llegó a ese libro porque siempre está a mano, como un botiquín de primeros auxilios o el chocolate de la medianoche. Pienso en las cosas que hacen los niños y, también, en la forma en que los niños aparecen en los diarios —y también en los relatos— de Katherine Mansfield. Pienso también en la anécdota de que su madre le prestó poca o nula atención porque en realidad lo que quería era un hijo varón en lugar de otra hija mujer —lo tuvo, finalmente, seis años después—. Pienso, en este sentido, en la energía masculina de Katherine, sobre todo en su juventud, para patear el tablero y vivir de acuerdo a sus reglas y su deseo. Pienso en ese embarazo inesperado y en el aborto espontáneo en Alemania. Pienso en uno de sus primeros cuentos, “La chica cansada”, en el que una sirvienta al borde de la esclavitud termina asfixiando al bebé de su patrona porque el niño no para de llorar, y tiene otros tres niños que atender, y otro en camino y, sobre todo, mucho sueño. Pienso en la madre de las niñas en el cuento “En la bahía”, en su desinterés por todo lo marital —y el amor desenfrenado y errático del marido— y también por sus hijos: en la escena bajo el árbol, cuando está sola con el bebé que acaba de despertar, y la mira, y la mira... y ella piensa, por un momento, aunque no lo haga, que no lo quiere nada y que lo mataría. Quizás mi escena favorita es la disputa entre la madre del bebé y la niñera en “Felicidad”, donde la madre se enciende de amor al ver a su hijito, rompe la rutina y

la niñera la amonesta severamente porque su presencia altera el ritmo y por lo tanto su trabajo de crianza.

Pienso, sobre todo, que Katherine Mansfield pudo, a través de sus personajes, pintar el mundo de sus contemporáneas, de mujeres que tenían hijos o criaban hijos ajenos, y cuya vida —y sus contradicciones— se definían alrededor de la familia.

En su diario, Mansfield gira hacia el pasado, la infancia, la casa familiar, sobre todo después de que su amado hermano menor la visita en Londres —con la fantasía de ambos de volver a verse— y luego parte al frente en la Primera Guerra Mundial, donde muere poco después. El dolor por la muerte, la depresión y su propia convalecencia la invaden. Sin embargo, emerge también el compromiso con su trabajo que es a su vez un compromiso con ese hermano muerto, con su memoria, con lo que de él todavía vive en ella. “¿Entonces por qué no me quito la vida? Porque siento que tengo un deber para con aquellos tiempos maravillosos en que vivíamos los dos”.

Lo que en sus relatos es sutileza, en su diario aparece en carne viva. Tienen el ritmo de quien trabaja a contrarreloj, en una continuidad que abarca desde la más intolerable desesperanza hasta alcanzar, por épocas, momentos de calma, y entonces de fantasía, atravesados por una pregunta: ¿por qué no puedo yo tenerlo todo? Toda la calma para escribir, todo el tiempo para escribir y también permitirse lo superficial, lo familiar, la descendencia. Durante una de sus estadias en París le escribe una carta a su marido, John M. Murry, después de un paseo en el parque: “¿Por qué no tengo una verdadera casa, una verdadera vida? ¿Por qué no tengo una niñera china

vestida con pantalones verdes y dos niños que se me echan encima y se agarran a mis rodillas? No soy una chiquilla; soy una mujer y quiero las cosas. ¿Las tendré alguna vez?... Quiero la vida, quiero amigos, quiero gente y una casa.”

Si le creemos al viudo de Mansfield, las entradas del diario que se han publicado y que hoy podemos leer en una flamante traducción de Florencia Parodi, son las que, no sin cierto claroscuro, Katherine Mansfield quería que vieran la luz al público. Toda la parte de lo que ella llamó sus “quejosos diarios” fueron eliminados, según Murry, sin más. Es cierto que los lectores estamos acostumbrados a maridos/viudos —también amigos— que leen, interpretan y deciden alrededor de un testimonio y algunas notas sueltas sobre obra póstuma, de su valor para el público. Pienso en diarios como los de Kafka —publicados después de su muerte por Max Brod— o más cercano en el tiempo —y también más polémico— los de Sylvia Plath —publicados (y censurados) por Ted Hughes. No puedo imaginarme cómo funcionaría y sería recibida hoy en día una decisión de esta envergadura por parte de los herederos frente a la obra de cualquier escritora, escritor o escritorx. La escritora norteamericana Dorothy Parker, cuando el *Diario* vio la luz en 1927 escribió en *The New Yorker*: “Lo que leemos es tan íntimo que casi me siento culpable de haber transitado por estas páginas. Es un libro magnífico, pero creo que solo los grandes y tristes ojos de Katherine hubieran debido leer estas palabras”.

La primera vez que tuve en mis manos un ejemplar del *Diario* de Katherine Mansfield fue en 2013. Lo encontré en una caja arrumbada en el rincón de un depósito con otros tantos

libros en ese formato. Hacía poco me había reincorporado a la vida laboral, después de una larga convalecencia que me había arrimado a la búsqueda de narrativas de enfermos, accidentados y dolientes. Textos que tuvieron a esas vidas como protagonistas: el desgarró, la escisión, el odio, la resignación y la esperanza. Todas sensaciones y matices que me habitaban pero cuya expresión se me escapaba. La primera frase que recuerdo leer del diario de Mansfield fue “La vida es un trámite odioso, no tiene sentido negarlo”. El *match* fue inmediato. Esa tarde, al final de la jornada, me llevé el libro a casa. Desde entonces, y durante estos casi diez años, he leído y releído estos diarios en distintos momentos de mi vida: bloques de lectura —y de escritura—, búsquedas de respuesta —estética y vital—, puro disfrute, necesidad de una amiga.

Los diarios de Mansfield son inspiradores, arrebatados, inteligentes y marciales. Es la lectura de alguien que te mira con desprecio, casi con una mueca. Hay un sentirse observada por Mansfield, por su mordacidad y su agudeza que consume e impele a seguir. Quién pudiera tener esa lengua, esas fantasías, esa agudeza. Es también un faro para el trabajo, alguien a quien mirar, obedecer, en cuya mirada bajar los ojos y seguir adelante. Mansfield, en su lucidez, su privacidad y su vulnerabilidad, pero sobre todo en su certeza de que lo que una escritora tiene que hacer es escribir y ganar dinero, sigue siendo un faro hoy, a más de cien años de que escribiera la última entrada de su diario. Tenemos a Mansfield, *todo está bien*.

Cecilia Fanti

## Referencia bibliográficas

Citati, Pietro, *La vida breve de Katherine Mansfield*, Barcelona, Gatopardo Ediciones, 2016.

Mansfield, Katherine, *La chica cansada y otros cuentos*, (introducción y notas de Nora Dottori), Buenos Aires, CEAL, 1983.

Mansfield, Katherine, *La fiesta en el jardín y otros cuentos*, (traducción de Javier Taboada), Ciudad de México, Secretaría de Cultura, 2017.

Mansfield, Katherine, *Té de manzanilla y otros poemas* (Selección, traducción y prólogo de Mirta Rosenberg y Daniel Samoilovich), Buenos Aires, Bajo la luna, 2012.

Woolf, Virginia, *Escenas de una vida: matrimonio, amigos y escritura*, (una selección de los diarios a cargo de Gonzalo Torné) Buenos Aires, Capital Intelectual, 2021.

## Introducción de John Middleton Murry

Katherine Mansfield (Katherine Middleton Murry, Kathleen Beauchamp de soltera) nació en Wellington, Nueva Zelanda, el 14 de octubre de 1898. Fue la tercera de cinco hijos. En ese entonces los Beauchamp estaban establecidos en Australia y Nueva Zelanda hacía tres generaciones. La mayor parte de su infancia la pasó en Karori, un pueblo a pocos kilómetros de Wellington. Allí la escuela del pueblo era la única que había, por lo que compartió su primera educación con el chico que repartía la leche y con las hijas de la lavandera (ver “La casa de muñecas”). Ella misma dejó constancia de que a los nueve años fue la primera vez que le publicaron un cuento —recuerdo que decía que salió en una revista llamada *The Lone Hand*— y a esa misma edad recibió un premio de parte de su escuela por la escritura de un texto en inglés cuya consigna era “Un viaje marítimo”.

A los trece años la mandaron a estudiar al Queen’s College, ubicado en Harley Street, en Inglaterra, donde permaneció hasta los dieciocho. Allí estuvo a cargo de editar la revista del colegio. Como tantos otros de su generación, su admiración por Oscar Wilde y por los “decadentes” ingleses constituyó su primera experiencia de libertad intelectual. Sin

embargo, por esa misma época el interés principal de su vida dejó de ser la literatura y pasó a ser la música. Se convirtió en una apasionada del violonchelo, y en una gran intérprete.

Terminados sus estudios tuvo que volver a Nueva Zelanda bastante a su pesar, y los dos años siguientes estuvo en una rebelión casi constante contra la estrechez y el provincialismo que percibía en aquella lejana ciudad colonial. Inevitablemente, Londres le daba la impresión de ser el núcleo de toda vida artística e intelectual. Una familia de músicos de Wellington de quienes se había vuelto muy cercana, y que además habían sido como un oasis para ella dentro de ese entorno que consideraba un desierto intelectual, se mudó de Nueva Zelanda a Londres. Entonces Katherine se desesperó y, luego de una desafiante expedición por los bosques neozelandeses, convenció a sus padres para que le permitieran regresar a Londres con una mensualidad modesta.

Muy poco tiempo después decidió finalmente abandonar la música para dedicarse a la literatura. Envío manuscritos a distintos editores pero no tuvo éxito y, para llegar a fin de mes, tuvo varias experiencias bastante duras haciendo papeles menores en compañías de ópera itinerantes y cosas por el estilo, hasta que el editor de *The New Age* reconoció su talento y la contrató. Colaboró para ese periódico con bastante regularidad entre 1909 y 1911, año en que se publicó una serie de cuentos que había escrito para *The New Age* basados en lo que vivió durante una estadía convaleciente en Alemania, bajo el título de *En una pensión alemana*. Este libro tuvo buenas repercusiones en el acto, en muy poco tiempo llegó a la tercera edición, pero de pronto el editor quebró y las ventas se vieron desastrosamente

interrumpidas. Había recibido quince libras como adelanto de las regalías, de las cuales, por supuesto, no obtuvo nada.

La conocí en diciembre de 1911, en la casa del novelista W. L. George. Por ese entonces yo era estudiante en Oxford y editaba junto con Michael Sadleir una revista literaria juvenil llamada *Rhythm*. Katherine Mansfield empezó a colaborar para la revista con sus cuentos, y el primero que publicamos, “La mujer de la tienda”, causó cierta sensación. La revista se siguió publicando aproximadamente durante un año más, en sus tres últimos números con el nombre *The Blue Review*, y durante ese lapso de tiempo trabajamos en conjunto con Katherine Mansfield en la edición. La mayoría de los cuentos que ella escribía para la revista, a veces dos por mes, fueron reeditados en el tomo *Algo infantil y otros cuentos*.

Cuando *The Blue Review* dejó de salir, Katherine Mansfield se quedó sin lugar donde publicar. Le envió a un editor aquel cuento bellísimo que había escrito en París en diciembre de 1913, “Algo infantil pero muy natural”, sin embargo fue rechazado. No encontró editor para ninguno de sus cuentos hasta que, en el invierno de 1915, ella, D. H. Lawrence y yo elaboramos los tres primeros números de una pequeña revista llamada *The Signature*, escrita enteramente por nosotros. Pero dos meses después el proyecto de la nueva revista había muerto, y una vez más ella no tenía para dónde escribir, hasta que en 1919 me contrataron como editor en *The Athennæum*. Entre 1915 y 1919, solo tres de sus cuentos se habían publicado en periódicos ingleses, los tres en 1918: “Felicidad” en *The English Review*, y “Cine” y “El hombre apático” en *Art and Letters*. Sin embargo, en 1917 *Hogarth Press*

hizo una edición en formato pequeño y cubierta azul de *Preludio* y en 1918 mi hermano y yo imprimimos “Je ne parle pas français” para que circulara en nuestro entorno.

“Preludio” marca el principio de la fase final en el desarrollo de la escritura de Katherine Mansfield. La guerra había causado en ella, como en muchos escritores menos talentosos de su generación, una conmoción espiritual profunda. El caos en el que se vieron sumidos sus pensamientos, ideales y propósitos permaneció irresuelto durante un largo período de tiempo. Luego, muy despacio, su mente empezó a recurrir a su niñez como una vida que había existido al margen y por lo tanto impoluta de la civilización mecánica que había producido la guerra. El momento crucial fue cuando, en 1915, su hermano menor, a quien ella adoraba, llegó a Inglaterra para entrar al ejército como oficial. El encuentro con él se convirtió en una especie de núcleo en torno al cual cristalizar el cambio de su estado de ánimo. Se pasaron horas y horas conversando acerca de su infancia, y Katherine Mansfield decidió abocarse a recrear las sensaciones y experiencias de su vida en Nueva Zelanda. La muerte de su hermano un mes más tarde reafirmó este propósito, y poco tiempo después se marchó de Inglaterra a Bandol, en el sur de Francia, donde empezó a trabajar en un relato extenso sobre los días de su niñez titulado “The Aloe”,<sup>1</sup> que luego fue publicado en una versión distinta y reducida bajo el título de *Preludio*.

1 Se mantienen en su idioma original los títulos de cuentos que, por haber sido modificados o por haber quedado inconclusos o inéditos, no fueron traducidos al español (nota de la traductora).

Cuando se publicó en aquel tomito azul, pasó completamente inadvertido. La mayoría de los periódicos que recibieron un ejemplar ni siquiera lo reseñaron, y los dos que publicaron algo al respecto no encontraron nada particular en la historia. Sin embargo, Katherine Mansfield tuvo su momento de triunfo cuando supo que quien estaba a cargo de la imprenta local, al leer el manuscrito había exclamado: “¡Dios mío, pero estos chicos son *reales!*”. Ella siempre prefirió los elogios de la gente simple, “iletrada”, antes que los de la sociedad culta y la crítica, y esta característica suya se acentuó más adelante cuando, luego de la publicación de “Felicidad”, empezó a recibir cartas de muchísima gente sencilla a la que le había gustado su obra, en especial el personaje de la pequeña Kezia. Ella tenía una responsabilidad para con estas personas. Era por ellas que sentía que debía contar la verdad y nada más que la verdad. Esta preocupación por la verdad, tanto en lo que relataba como en sí misma para ser digna de expresarla, se convirtió en la pasión dominante de sus últimos años. Se alejó de la literatura moderna porque casi nada de lo que producían sus contemporáneos le resultaba “verdadero”. Solía decir: “A los escritores les falta humildad”. Consideraba que no servían al gran propósito por el que existe la literatura.

Mientras tanto, *Preludio* fue apenas un *succès d'estime*, y quizás ni siquiera eso. Recién cuando apareció como el primer cuento del tomo *Felicidad y otros cuentos* fue verdaderamente apreciado en su naturaleza única de exquisita originalidad.

Pero en diciembre de 1917, justo después de terminar de revisar el manuscrito de *Preludio* para enviarlo a imprenta, Katherine Mansfield tuvo un ataque de pleuresía grave. La

tristeza melancólica y el estado de depresión que reinaba en aquella ciudad de Londres nublada, sumida ya completamente en la sombra de la guerra, tuvo un impacto demasiado profundo para alguien que había crecido en un clima más benigno. Añoraba el sol, estaba segura de que para recuperarse alcanzaría con volver a su querido Bandol, en el sur de Francia, entonces partió de Inglaterra hacia allí los primeros días de enero de 1918. Sin embargo, las condiciones en que se viajaba dentro de Francia durante ese último año de la guerra eran tan nefastas que las dificultades que tuvo que enfrentar sola durante el recorrido hicieron que su enfermedad se agravara, y además al llegar constató con tristeza que Bandol estaba completamente cambiado: la guerra también había arrasado con ese lugar. En cuanto llegó, sola y enferma, ya estaba desesperada por regresar a Inglaterra. Los esfuerzos que hizo para volver se frustraron una y otra vez por una trágica mala suerte. Las autoridades demoraron semanas en otorgarle la autorización, y el mismo día que llegó a París, muy débil y ya gravemente enferma, se desató el bombardeo a la ciudad con cañones de largo alcance y suspendieron todos los viajes de civiles entre Inglaterra y Francia. Las adversidades que tuvo que enfrentar durante este viaje convirtieron su pleuresía en una tuberculosis.

El verano de 1918 lo pasó en Looe, Cornwall, y volvió a Londres en invierno, donde se instaló en una casa nueva en Hampstead. A partir de la primavera de 1919 me hice cargo de la edición de *The Athennæum* y ella primero empezó a reseñar novelas semanalmente firmando con las iniciales K. M., que desde entonces se volvieron célebres, y

poco tiempo después comenzó a colaborar con un cuento al mes. Entonces por primera vez en su vida empezaron a llegar propuestas de editores para compilar sus cuentos, y a principios de 1920 se publicó *Felicidad*, libro por el cual recibió un adelanto de cuarenta libras.

Antes de que se publicara, ella había tenido que marcharse de Inglaterra una vez más a causa de su enfermedad. Pasó el invierno de 1919-1920 en Ospedaletti y Mentone, donde tuvo noticias del éxito de su libro. Regresó a Hampstead en verano, y en septiembre se volvió a Mentone, desde donde partió, en mayo de 1921, a Montana, en Suiza.

En el otoño de 1921 terminó de escribir *Fiesta en el jardín y otros cuentos*, que se publicó en la primavera de 1922 mientras ella estaba en París, a donde había ido en febrero para someterse a un tratamiento especial. La publicación de este libro la consagró por fin como la más notable escritora inglesa de cuentos cortos de toda su generación.

Pero para 1922 escribir se había vuelto para ella un esfuerzo casi imposible, una lucha no solo contra su enfermedad, sino también contra su propia convicción acerca de que, antes de poder seguir adelante, debía lograr una purificación interior con el objetivo de ser digna de transmitir aquella verdad plena que en su imaginación había comprendido. El último cuento completo que escribió, “El canario”, lo terminó en julio de 1922. En octubre de ese mismo año abandonó la escritura deliberadamente y se marchó a un retiro en Fontainebleau, donde murió de forma inesperada la noche del 9 de enero de 1923.

No es fácil para mí hacer una evaluación crítica de la obra de Katherine Mansfield. Durante años estuve muy implicado

en ella, creí en ella, la publiqué y por un momento breve llegué a imprimirla con mis propias manos. Ahora me resulta y me resultará siempre imposible lograr la distancia suficiente como para poder mirarla con ojos críticos. Solo puedo decir que me parece de una naturaleza más fina y más pura que la de la obra de sus contemporáneos. Es más espontánea, más vívida, más delicada y más bella. Katherine Mansfield respondía a la vida con una integridad mayor que la de cualquiera de los escritores que he conocido, y ese tipo de respuesta íntegra se puede ver en su trabajo.

Tenía más afinidad con los poetas que con los escritores de prosa, no hay ningún narrador inglés con quien se la pueda relacionar.<sup>2</sup> La revolución que implicó su aporte al arte del cuento en Inglaterra fue completamente personal. Muchos escritores han intentado seguir su línea, pero ninguno ha conseguido siquiera acercarse a conseguir resultados comparables. Su secreto murió con ella. Y los muchos críticos que han intentado definir aquella cualidad de su obra que la hace inimitable se han visto tristemente obligados a abandonar el esfuerzo. Resulta notable, sin embargo, que la ad-

2 Hay cierta similitud entre los cuentos de Katherine Mansfield y los de Antón Chéjov, pero este parecido suele ser exagerado por los críticos, quienes parecen creer que ella aprendió de él su arte. Esta es una mirada notablemente superficial de la relación que hay entre ellos, que en realidad es la de temperamentos afines. De hecho, la técnica de Katherine Mansfield era bien distinta de la de Chéjov. Lo admiró y comprendió su obra como pocos escritores ingleses han logrado hacerlo, y además tenía un afecto profundo por este hombre a quien, por supuesto, no conoció (y su *Diario* lo demuestra); pero su método de trabajo era completamente personal, y su desarrollo como escritora hubiera sido idéntico si Chéjov no hubiera existido.

miración más sincera que ha recibido su trabajo vino principalmente de los escritores de cuentos más destacados de Inglaterra: H. G. Wells, John Galsworthy, Walter de la Mare, H. M. Tomlinson, Stacy Aumonier, Barry Pain, Ethel Colburn Mayne. Todos ellos la aclaman de manera unánime *hors concours*, aunque les resulte tan difícil como a los críticos reconocer en qué consiste su superioridad. Y quizás sea aun más notable el hecho de que sus cuentos hayan tenido un éxito popular tan inusual. A pesar de lo sofisticado de su arte, o quizás más bien porque su arte es de una naturaleza particularmente instintiva, muchísima gente sencilla lee y adora los cuentos de Katherine Mansfield, y encuentra en sus personajes una viva realidad que no es común en la literatura que suelen leer. Y puede ser que las lecturas más simples de su obra sean las más verdaderas, y que el juicio más adecuado sea el de aquel imprentero que he citado: “¡Pero estos chicos son *reales!*”.

De todas maneras es imposible para alguien como yo, que la conocí íntimamente, que (en cierto sentido) trabajé con ella durante la mayor parte de su carrera como escritora, que pasé a máquina, revisé la puntuación y critiqué sus cuentos mientras los componía, no decir nada acerca de un elemento de su naturaleza que, desde mi punto de vista, es una parte esencial de esa característica peculiar de su obra. Esta particularidad solo puedo describirla como *pureza*. Era como si la lente a través de la cual miraba la vida fuera de una nitidez total. Y ese atributo de su obra se corresponde con un atributo propio de su forma de vivir. Katherine Mansfield era natural y espontánea como ningún otro ser humano que he

conocido. Parecía adaptarse a la vida de la misma manera en que una flor se adapta a la tierra y al sol. Sufrió muchísimo y disfrutó muchísimo, pero ni su dolor y ni su dicha fueron parciales, llenaban todo su ser. Era absolutamente generosa y valiente; cuando se entregaba, así fuera a la vida, al amor o a ese espíritu de la verdad al cual le era fiel, lo hacía de la forma más magnífica. Amaba la vida con toda su belleza y su dolor, la aceptaba por completo, y tenía el derecho de aceptarla así por haber tolerado en sí misma todo el sufrimiento que la vida puede prodigar a una sola alma.

Este breve esbozo biográfico fue escrito para dar respuesta a todas las personas que me han pedido detalles de la vida de Katherine Mansfield. Se reproduce aquí a modo de contexto para este diario y para los dos tomos de cartas que están siendo editados ahora. Con respecto al diario en particular, es necesario presentarlo con algunas palabras que sirvan de introducción.

En varios momentos de su vida, Katherine Mansfield consideró la idea de escribir una especie de “pequeño libro de notas” con el objetivo de que se publicara (ver la entrada del 22 de enero de 1916). En sus manuscritos quedaron registrados tres intentos distintos de llevar a cabo este plan, y una de esas veces llegó a pedirme que me pusiera en contacto con un editor para publicarlo. Las notas de este “libro de notas” hubieran sido reformulaciones de las entradas de su diario. En algunos casos, como en mayo de 1919, la entrada original del diario y la nota están juntas.

El resto del material que compone el diario es muy variado: apuntes breves (y a veces crípticos) tomados para elaborar

sus cuentos, fragmentos de diarios, cartas no enviadas y comentarios y confesiones dispersos entre sus manuscritos, a los cuales les he agregado un mínimo necesario de palabras explicativas.

Salvo por una sola entrada de 1910, el diario empieza en 1914. El “inmenso diario de quejas” al que hace referencia Katherine Mansfield (el 16 de febrero de 1916) fue enteramente destruido. Ella era implacable con su propio pasado, y no dudo de que lo que ha sobrevivido es casi todo lo que ella, por alguna razón, quería que quedara.

John Middleton Murry



## 1910

[K. M. destruyó sin piedad todo registro del período comprendido entre 1904, cuando volvió de Nueva Zelanda a Inglaterra, y 1914. El fragmento que sigue es todo lo que quedó de su “inmenso diario de quejas” (ver la entrada del 16 de febrero de 1916). Data de 1910, de aquella estadía en Bavaria que fue el germen de su primer libro, *En una pensión alemana*. En su diario de diciembre de 1920 hay una referencia posterior a lo que sufrió allí].

*Junio.* Por fin ha terminado este día tedioso, y el anochecer empieza a filtrarse por entre las ramas mojadas del castaño. Creo que ayer tomé frío durante mi magnífica caminata porque hoy estoy enferma. Me dispuse a trabajar pero no pude. Parece mentira, tener dos pares de medias y dos abrigos, una botella de agua caliente debajo de los pies, en pleno junio, y de todas maneras estar tiritando... Creo que es el dolor lo que me marea y me hace temblar. Pasar todo el día sola, en una casa en donde todos los ruidos parecen extraños, y sentir una confusión en el cuerpo que te afecta la mente, hace que surjan imágenes de incidentes terribles y personajes repugnantes que apenas consigues sacarte de encima descubres

que retornan, mientras el dolor se agrava. ¡Ay! No volveré a caminar descalza por el bosque silvestre. No hasta que me haya adaptado al clima...

Lo único agradable que consigo imaginar es que mi abuela me acuesta en la cama, me trae un tazón de pan con leche caliente y, parada a mi lado con las manos entrelazadas, el pulgar izquierdo sobre el derecho, me dice: “¿Qué tal, cariño, está bueno?”. Oh, qué felicidad milagrosa me daría. Y luego despertarme más tarde al sentirla levantar las mantas para fijarse si tengo los pies fríos y ver cómo me los cubre con un pequeño chal rosa, más suave que el pelo de un gato... ¡Pobre de mí!

*Domingo por la mañana.* Otro domingo más. Hoy también llueve. Es una lluvia constante, tenaz, que parece arrastrarme a la deriva de una mañana a la otra. Cuando terminé de escribir bajé a cenar, tomé un poco de sopa y el viejo doctor que estaba sentado a mi lado dijo de repente: “Le ruego que se vaya a acostar *ya mismo*”. Obedecí como un cordero y tomé un poco de leche tibia. Fue una noche de agonía. Cuando sentí que finalmente la mañana había llegado, prendí una vela, miré el reloj y vi que recién eran las doce menos cuarto. Ahora sé lo que es luchar contra una droga. Tenía pastillas de veronal sobre la mesa, al lado de la cama. Podría haber experimentado la inconsciencia, sueño profundo, ¡tan solo imaginar eso!, pero no tomé ni una. Ahora estoy levantada y vestida.

## 1914

[En febrero de 1914, cuando fueron escritas estas entradas, Katherine Mansfield y yo vivíamos en el número 32 de la rue de Tournon, en París. No nos fue posible ganar suficiente dinero para vivir y tuve que volver a Londres a buscar trabajo].

“Un bienestar tranquilo e irresistible: casi místico en su cualidad, y sin embargo conectado sin duda con su estado físico” [diario de Dorothy Wordsworth].

Escribe Dorothy:

William (el huésped) está de maravillas,  
Y seriamente despreocupado –bien a su manera–  
Habla con las asperillas y las campanillas  
Y todo el día estival holgazanea,  
es que puede.

(Insisto, es el huésped). ¿Quién tiene  
Más Derecho Divino que el que él posee?  
Se levanta y desayuna exactamente a las siete  
Después pega algunas hojas de helechos en su cuaderno,

Hasta que, a las once, le llevan su leche  
Con dos scones que acaba de hornear el cocinero.

Luego camina bajo la luz solar  
Hasta que, a la una y media, nos reunimos a almorzar.  
“Dios y el cocinero son muy atentos”,  
Ríe William mientras disfruta su alimento.  
(A veces brotan lágrimas de mis ojos:  
¡Qué amable es, y oh, qué criterioso!).

Luego se sienta y me lee,  
Hasta que a las cuatro tomamos el té.  
Cariño, prácticamente no podrías creer  
La forma en que William suspira o cómo le puede doler  
Un simple cuento pueril  
Como ‘Mary aplastó al caracol’,  
O ‘El Pequeño Ernie, su balde perdió’.

Y después quizás una buena media milla salga a caminar  
Buscando el apetito reavivar  
Para cuando a la noche llegue la hora de cenar,  
al estilo de campo, bien sustancial.

A las nueve ya está en la cama y dormido en un segundo  
No *roncando*, cariño, pero en un sueño profundo,  
Oh, en un sueño bien profundo.

Y así sucesivamente, *ad lib.* ¡Qué hombre *Pa!*<sup>3</sup>

3 En la familia de Katherine Mansfield, la expresión “hombre *Pa*” era utilizada para referirse a varones fuertes, protectores y dadores de vida (N. de la T.).

Voy a leer a Goethe. No conozco mucho su obra, solo leí unos pocos poemas. Tengo que leer *Poesía y verdad* cuanto antes.

“Cuando todo está hecho, la vida humana alcanza su mejor y más alta cima, pero se vuelve como un niño caprichoso con quien hay que jugar y al que hay que consentir un poco para mantenerlo tranquilo hasta que lo venza el sueño y la tarea esté cumplida” (Temple).

Ese es el tipo de tensión –no por lo que dice y significa, sino por su cadencia– que me incita a escribir.

### *El niño que tengo en brazos*

“¿Te atreverías a tocarme mientras tengo al niño en brazos?”, no es meramente una broma. Si cambias el “te atreverías a” por “puedes” se vuelve *tief, ¡sehr tief!*<sup>4</sup> Estaba pensando... no me atrevo a darle rienda suelta a lo que extraño a J. Y se me ocurrió: si tuviera un hijo, ahora estaría jugando con él y *me perdería en él*, lo besaría y lo haría reír. Usaría al niño como un guardián para protegerme de mis sentimientos más profundos.

Si en algún momento sintiera: “No, no debo pensar en esto, no lo puedo tolerar, es insoportable”, entonces bailaría con el bebé.

Creo que eso aplica a todas las mujeres. Y explica esa curiosa expresión de seguridad que tienen las madres jóvenes: al llevar un niño en brazos, están a salvo de cualquier sentimiento sobrecogedor. De ahí también que haya mujeres

4 Profundo, ¡muy profundo! (N. de la T.).

que tratan a los hombres como si fueran niños. Ese tipo de mujeres degluten a sus hombres hasta quedar hinchadas, en un estado de total insensibilidad. Observen si no la sonrisa ladina y satisfecha de las mujeres que dicen: “¡Los hombres en realidad no son más que niños!”

“Ninguno de ellos estaba tan enamorado como para imaginar que trescientas cincuenta libras por año sería suficiente para darse todas las comodidades de la vida” (Elinor y Edward de Jane Austen). ¡Dios mío!, digo yo.

Fui al cuarto de J. y miré por la ventana. Estaba anocheciendo. Había poca luz, y muy tenue: la hora de las brujas, ese momento en que todos parecen fuera de foco. Vi a un hombre que iba y venía por el camino, parecía una mosca caminando sobre la pared. Otros hombres de quienes veía puras piernas y espaldas empujaban un carro. En la casa de enfrente, detrás de una ventana con grandes rejillas en la planta baja, una niña morena envuelta en un chal gris estaba sentada leyendo. Tenía el pelo peinado con raya al medio y una cara pequeña, ovalada. Así enmarcada en la ventana con el reflejo blanco del libro en el rostro se la veía adorable. Sentí por ella una especie de pasión a lo gitana...

Es como si Dios hubiera abierto la mano para dejar que baile un poco arriba de ella, y luego la hubiera cerrado de pronto, tan fuerte que ni siquiera puedo gritar... Es una noche de viento terrible. Estoy muy cansada, pero no consigo irme a la cama, no puedo *dormir ni comer*. Demasiado cansancio.